



Pascua levantina

I

Desde el día antes clamaban los chiquillos por la «mona». En cuanto se extinguió el campaneó de «Gloria», que resonaba doblemente en el eco, lejano y obscuro, como si saliese de las profundidades de alta mar, y cesaron también los toques irregulares de pitos, campanillas, almirces y demás instrumentos que en los barcos y vapores movía la tripulación, mezclando tanta algazara á la que hacían carniceros y pescaderos en la plaza Mercado, ya hubo de considerarse la gente menuda en plena Pascua, muy especialmente para el efecto de la consabida merienda tradicional. Protestó la madre contra aquel adelanto, prometiéndole, para

apaciguar deseos, que al día siguiente irían todos, con cestas descomunales y bien henchidas, á las inmediaciones de la estación de Murcia, sitio predilecto de la familia y muy concurrido en tales días de fiesta. Con esto hubo transacción, y con impacencias mal contenidas aguardóse al domingo de Pascua.

Que amaneció algo pitarroso por el horizonte del mar, con nubes redondas y grises, que echaban grandes sombras en el agua, turbando el azul subido de ésta. Por el lado de Tabarca veíase más limpio el cielo; y el sol, con su reflejo dorado alrededor de la isla, la destacaba como en el aire, con anacarados tonos que la poetizaban y engrandecían. En el puerto, donde no llegaba el nublado, todo era luz, fuerte y deslumbrante, que parecía acentuar los colores vivos de las banderas colgadas, bien en los topes de los palos, bien á proa y á popa de los buques.

Con graves temores de lluvia se pasó la mañana, temores alimentados por el recuerdo de tormentas vespertinas en años anteriores. Pero triunfó al cabo el sol, y apretó de lo lindo con sus calores, que hacían sudar como en el mes de Junio. Con lo cual, quedó convenida la excursión

y preparadas las provisiones de boca, que eran abundantes.

El jefe de la familia—el inclito D. Ramón, *Pancha* por mal nombre entre los polleros de la plaza—quiso aquel año no salirse de la regla en punto á la «mona»; quiero decir, que suprimió todo aditamento extraño ó nefanda mezcla con sustancias alimenticias no consagradas por el uso. Limitó la lista á lo tradicional: las «monas», los rollos de *pan quemado*, las longanizas, los huevos duros, las habas, la lechuga, el queso..... sin ablandarse á ruegos de añadir algún pollo de los más gruesos y apetitosos que ostentaba su tienda del mercado. Otras veces habíase hecho así, juntando en uno merienda y cena; mas se vió que traía grandes perjuicios para la gente menuda, harto tragona de suyo, y sobre todo, era introducir elementos perturbadores en la costumbre y ley primitiva, y á eso no se avenía *Pancha* como pudiese.

No hay que decir si antes de media tarde estaría ya clamando por la «mona» la chiquillería. Llevó la voz cantante el primogénito, Ramoncito, cuyo arrojo y travesura eran bien notorios en la casa. Teníanlo sus padres archimimado, consen-

tido y casi salvaje. Usaba él de esta libertad de las maneras más sonadas y menos cómodas para el vecindario: ora disparando fulminantes en lo mejor de la siesta; ora contando, á porrazo limpio de nudoso bastón, los escalones; ora peloteando en el portal con grave riesgo de cristales; ora tirando piedras á los cacharros de un tenducho fronterizo, con otras y otras ingeniosísimas artes que su natural inventiva le iba procurando, haciéndole salir por el registro que menos se esperase. Pues Ramoncito, llevando la representación y voz de sus tres hermanos menores—un varón y dos hembras—y de un primito que había acudido para ser también de la fiesta, interpeló á las personas mayores acerca de la mayor ó menor proximidad de la merienda. Se le contestó con buenos modos que aún no era hora, y él supo replicar con gran donaire que ya eran repetidos los coches y tartanas, repletos de gente, que habían pasado por la calle anunciando que el respetable público se apresuraba á llegar al campo para la consabida celebración de la Pascua. Agradó este rasgo de ingenio inductivo á los padres, y á poco estuvo que cediesen, apechugando con el prematuro viaje, á pesar del grave sol que

caía. Afortunadamente, D. Ramón se atrevió á replicar con timidez, y como pidiendo perdón á su primogénito de atrevimiento tan desusado, que los de los coches eran gentes que habían de ir lejos, y por tal motivo adelantaban el viaje; mas que para ir tan sólo al punto que ellos tenían concertado, no se hacía preciso afrontar los fieros rayos del sol en hora tan temprana. Pareció bien por milagro de Dios á Ramoncito no insistir en su porfía, y quedó todo apaciguado; hasta que algo después, llegados varios amigos que quisieron unirse á la partida, con menor peligro de insolación tomaron todos el camino previamente determinado.

Había quedado la tarde—á lo menos por aquel trecho de cielo—despejadísima y brillante, convidando á la expansión. Y no cabe decir sino que los levantinos respondieron bien al halago de la Naturaleza. Eran ríos de gente las calles, y en todos los rostros reflejábanse la alegría, el afán de divertirse y de comer, que suelen ir parejos en la humana debilidad. La gran masa del pueblo, endomingada, llenábalo todo, ahogando tal cual manifestación de la burguesía rica, que más bien se quedaba en casa ó había tirado camino de la

Huerta. Las mozas garridas del Barrio Nuevo, airosas en el andar, saladas y atrevidas en el decir, iban proclamando la hermosura y gracia de la tierra, con faldas claras, primaverales, rico mantón, calzado exquisito y muy cuidado y reluciente moño. También se veían cigarreras de San Antón y de Santa Cruz, con alguna de la Villavieja, que, en lugar de echar hacia Levante, determinó correrse al lado de Poniente, como más despejado y animador. Todos iban en demanda de campo abierto, entonando en sus risas, en sus ademanes, en el chispear de los ojos, el cántico de la primavera, del buen sol, del cielo azul y de la alegría levantina, que es todo uno.

II

Llegó al cabo D. Ramón con su prole y acompañamiento al sitio preferido. El cual era, efectivamente, de los que gozaban más predicamento para fiestas tales; porque dada la aridez y sequedad de los alrededores de la población, si no es punto de mullida y verde hierba alfombrado, tiene, á lo menos, próximo un macizo de palmeras, que al fin son árboles, y gózase

desde él de amplio panorama, abarcando todo el recodo de Poniente de la bahía, entre el puerto y el Cabo de Santa Pola, por encima de la estación del ferrocarril de Murcia. La comitiva no se detuvo mucho en admirar la placidez del mar, que se movía tan sólo en ondulaciones anchas y solemnes, doradas por el sol, que ponía así colores nuevos en el tono azul dominante del agua; ni consideró la dulce curva de la playa vecina, en la cual morían sin ruido levisimas olas, apenas espumosas, ni el llameante horizonte de la montaña, deslumbrador de luz, que fingía nieblas y recortaba las lejanías, cada vez más accidentadas; ni sintió tampoco la belleza que, á su modo, tenía el castillo, puesto como enorme reflector, todo rojo de los rayos que de Poniente le llegaban, sino que se preocupó tan sólo de buscar buen sitio, limpio de piedras, en medio de las ya numerosas partidas de gente que se le habían anticipado, y de las cuales algunas empezaban á comer. Luego de encontrado el sitio, hubo de discutirse un rato si se procedía desde luego á consumir la «mona», ó se harían tiempo y ganas con algunos juegos inocentes que movieran los músculos, excitando el estómago.

Como de costumbre, Ramoncito metió cucharada en la discusión, opinando por la *bucólica* lo más pronto posible, y no será malicia suponer que su voto (bien que ayudado por la gazuza de alguno de los comensales) fué decisivo en la cuestión. Dejáronse para más tarde los juegos, y sentados todos sobre la madre tierra, en círculo, extendió primeramente doña Vicenta (la digna consorte de D. Ramón) un medio mantel, limpio y nuevo, y encima fué depositando las varias provisiones que en cestas habíanse traído.

Y en esto ocurrió la primera sorpresa de la tarde. Halláronse las diferentes «monas», incluso la grande de doce huevos, artísticamente pellizadas todas en diferentes puntos de su contorno. A ninguna le faltaba trozo mayor; mas todas parecían como mordidas de ratoncillo menudo y cominero. Grande ira produjo tal sistemático destrozo á doña Vicenta, como también á D. Ramón; y fué tanta, que por primera vez en su vida propinó este último un cachete (no muy grande, en verdad) á su primer retoño, quien, como era de suponer, resultó autor de la fechoría. Berreó el chiquillo, gritaron los padres, pusieron paz los parientes y amigos, ale-

gando que no era ocasión aquella de reñir, ni la travesura del chico merecía mayores castigos y enfados, y acabóse todo con empezar á partir las «monas» y ahogar el duelo, no con pan, sino con masa más dulce y apetitosa.

No hubo, sin embargo, gran sosiego en la concurrencia. Como una de las gracias de la «mona» consiste en romper los huevos duros en la frente del vecino, porfiaron todos en lograrla, evitando juntamente que la lograsen otros en ellos. Aquí desplegó Ramoncito toda la travesura de su ingenio fecundo; primeramente, manchando toda la cara de su primo con la clara y yema de un huevo que á prevención había traído sin cocer, lo cual casi convierte la fiesta en dura pelea de chiquillos; y luego (y esta fué la más negra) probando á romper otro ya duro en la nariz de la criada, que se resintió del golpe con agudo chillido y protestas de subido tono. Y aunque trataron de calmarla, ella, recelando nuevos ataques y bien dolida del primero, que suponía le había de acardenalar la nariz, apartóse un trecho del corro, merendando aparte y con largo hocico de enfado.

Las personas graves daban en tanto

buena cuenta de las «monas», de la longaniza, del queso, de las habas y demás componentes de la merienda, con sendos tragos de las varias botellas que la solicitud de D. Ramón procuró. Y con el comer y el beber se les fué aumentando la alegría, acrecentando la broma, desligando la lengua, que acometió con todo género de burlas y gracias, y aun estableciendo diplomáticas relaciones con grupos vecinos, que sentíanse igualmente propicios á la libertad de comunicación. De pronto, saltó D. Ramón diciendo:

—Reparad cuánta gente nos mira desde lo alto.

Levantaron todos la cabeza, y, efectivamente, en una eminencia cercana, que corresponde á los confines del barrio de Benalúa, gran copia de curiosos presenciaba las alegrías de los que abajo merendaban, riendo de su algazara, de sus juegos y cabriolas, y sintiéndose contaminados de aquel aire de fiesta que, más que el vino, parecía emborrachar á todos. Interpelaron los de abajo á los mirones con dichos graciosos, y alguno replicó desde arriba, comenzando así agudo tiroteo, que á veces subía de punto en fuerza y color. Y en esto hallábanse, cuando pa-

reció á muchos oír lejano estruendo sospechoso. Pararon en seco las más de las conversaciones, y preguntaron de un extremo á otro:

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—Un trueno—dijo alguien.—Tendría gracia que nos lloviera.

—¡Bah! no será nada—apuntó otro.—Siga la broma.

Y siguió con mayor animación, terminadas casi todas las meriendas, ó á punto de terminar con el indispensable postre de naranjas.

Pero lo del trueno no era broma. Se renovó á poco, y los mirones de arriba, que podían ver mejor el cielo por la parte N. y E., empezaron á desaparecer. Notado lo cual por los de abajo, puso en zozobra á muchos, que trataron de replegarse á tiempo; pero los más echaron á risa la cosa y continuaron la fiesta.

El nublado avanzaba, y comenzó á soplar fuerte viento que armó grandes polvaredas. Todavía tardó la lluvia, y los truenos no se repitieron, circunstancias ambas que envalentonaron á los optimistas. Pero de pronto ¡Madre de Dios! cayó el chaparrón más soberbio que en muchos meses se había visto; y entonces fué el co-

rrer de un lado para otro, buscando refugio, á la vez que se procuraba salvar del remojón los restos de comida y los avíos de mesa. Chillaban las mujeres, gritaban los hombres, bien bromeando, bien procurando orden en la dispersión general, mientras se oscurecía el cielo y volvían los relámpagos seguidos de fragor horribundo. En la confusión, nadie sabía hacia dónde tirar. Probaron unos á escalar la altura del barrio, no sin caídas frecuentes, y otros corrieron á la estación y á varias casas próximas. D. Ramón perdió toda su gravedad, y hasta se empeñó, sin saber lo que hacía, en meter en una de las cestas su sombrero hongo, creyéndolo sin duda rollo de pan quemado. Sólo Ramoncito supo conservar toda su serenidad en medio de tanto desorden. Quizá encontraba el ingenioso muchacho especial delicia— vedada al resto de las gentes—en mojarse lo mejor posible y desafiar la ira de los elementos. Ello es que se quedó allí tranquilamente, guiñando los ojos cada vez que brillaba un relámpago, y comiendo de las varias cosas que yacían por el suelo.

Por fortuna, fué aquella nube de verano; y aunque algo violenta para lo de cos-

tumbre, pasó en breve, corriéndose hacia el mar, que había ennegrecido sus aguas y se agitaba con cierta bravura, tomando tintes verdosos hacia la orilla. Fué alejándose el nublado, sin cesar de llover sobre la bahía; y como se despejase algo por Occidente, brilló el sol, y pintó hacia el Sur, sobre las tinieblas del cielo, luminoso arco iris de vivos colores. Todavía relampagueó algo la nube en lontananza, cubriendo la isla y el cabo de Santa Pola; mas por la parte de tierra quedó sólo leve nublado, que á trechos dejaba ver un fondo no azul, sino verde, brillante y vigoroso en algunos puntos. Cubrióse otra vez el sol, aunque ligeramente, y quedó todo en media luz, que daba tonos fríos á las cosas y al cielo.

Entonces comenzaron á salir, como caracoles, de sus refugios los dispersos comensales, y reaparecieron en el lugar de la merienda: los hombres, bromistas y carantoñeros, las mujeres algo mohinas, con las faldas levantadas y luciendo, quieras que no, la ropa blanca más ó menos almidonada. Como lo encharcado del suelo no permitía reanudar la fiesta, recogió cada cual lo suyo que halló á mano, y se dispuso para volver á la ciudad. Lo elástico del

genio levantino les volvió á todos el buen humor; y salvo contadas excepciones, emprendieron el camino cantando á voz en cuello, en coro, hombres y mujeres, ó riendo á carcajada suelta, con expansiva y simpática animación.

También D.^a Vicenta y su digno esposo recogieron al cabo á los suyos, que de uno y otro lado fueron saliendo. No hay qué decir si Ramoncito estaria hecho una sopa, lo cual dió graves temores á todos de que le sobreviniese al inteligente rapaz algún resfriado de padre y muy señor mío; pero él, lleno de valor, mostrábase optimista y sonriente.

Volvieron por el camino bajo, sospechando que los tranvías y ómnibus de Benalúa serian dificilísimos de lograr por la acumulación de gente, y á pié les resultaba más corta aquella vía. Borearon la estación de Murcia, torciendo hacia la playa y huyendo la carretera llena de fango. A medida que iban acercándose á la ciudad aumentaba el número de paseantes, fugitivos de la lluvia, que volvían apresuradamente aprovechando el claro; pero no habia en ellos preocupación ni disgusto. Les seguía la fiesta por dentro, y les rebosaba por los ojos y la boca. Algunos

coches pasaron también, repletos de gente, que cantaba canciones populares ó tonadillas de zarzuela. Retumbó el tiro con que el cañonero surto en el puerto saluda la puesta del sol, y en la Explanada, por entre el ramaje de palmeras, brillaron algunas luces de los cafés y casas inmediatas. Sonó la campana de San Nicolás, repitiéndose solemnemente en el eco lejano; y luego todo cayó en silencio grave, que nuevamente interrumpieron las canciones de los que volvían.

Apresurando el paso, metióse D. Ramón con su comitiva por la primera calle, ganoso de llegar á casa para cambiar las ropas al primogénito. Cuando llegaron frente á la plaza del mercado, desembocó un grupo de marineros franceses ó ingleses—no sabia D. Ramón bien si lo primero ó lo segundo—que, cogidos del brazo, formando larga fila, iban entonando una canción de ritmo extraño, que á los levantinos les pareció impregnada de tristeza. Contra lo ordinario, á ninguno se le ocurrió broma ni chiste. Dejaron pasar á los extranjeros con cierta simpática consideración, cual si comprendiesen que también ellos celebraban la Pascua con música que les recordaba el país lejano; y como

uno de los marineros, fijándose en D.^a Vicenta (que todavía estaba de buen ver) le echase una flor en castellano chapurradísimo, rieron todos sin ofenderse, y aun llevaron la benévola disposición de su humor hasta ofrecerles por señas el vino que había quedado. Pararon los otros, aceptando, y allí, en medio de la calle, juntáronse los dos grupos, hablando por señas y risas, y celebrando Pascua de fraternidad, cuyo sentido quizá no comprendían bien, pero les llegaba al alma á unos y á otros.



Melones

I

Anocheía cuando Ramón y su tío Manuel dejaron la playa, encaminándose hacia el pueblo, donde les aguardaba la cena. Habían pasado la tarde echando el copo, por pura distracción, con varios pescadores amigos, sin lograr coger más arriba de media docena de *lisas* y algún que otro salmonete á medio crecer.

No por eso disfrutó menos Ramón. Después de tres años pasados en el servicio militar, era aquella la primera vez que volvía á sus antiguas aficiones, más gustosas y apetecibles tras la privación. Y en eso iba pensando, en el dulce y singular deleite que le causaba la vida nueva (tantas noches soñada sobre el tablado del